

## Miguel Arteche

# JARDÍN DE RELOJES



Miguel Arteche

#### © 2002, MIGUEL ARTECHE SALINAS Inscripción N° 127.174

Derechos reservados para la presente edición por © Editorial Semejanza Fono: 285 67 16 Fax: 513 00 19

semejanza@latinmail.com

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida sin autorización escrita del editor

ISBN 956-7590-28-1

Diseño de portada: René Orellana Gómez «Jardín de relojes» es el título de un cuadro de René Orellana Gómez

Primera edición, julio 2002

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

## Lo esencial es invisible a los ojos... Antoine de Saint-Exupery

# a Cecilia Eyzaguirre Edwards

# I

## Vértigo

Las puertas son diáfanas, los muros ya no son impenetrables. La luz es para siempre luz: toda la casa es todo el sol y el sol toda la casa. La mesa es todas las estrellas y las estrellas toda la mesa. Las sillas se han transformado en constelaciones y las constelaciones son ahora sillas familiares. Te has hundido en la última espiral sin que sepas si tú eres el torbellino y el espacio es cristal vertiginoso. Te hundes más y más como si hubieras subido más y más y no terminarás nunca de subir. Porque si desciendes por amor también has subido por el amor que nunca dejó de mover la casa y todas las estrellas.

## Despedida

Desperté al amanecer: me rodeaba el susurro de la lluvia.

Más allá la soledad de la soledad
que eras tú
por estar a mi lado y no estar a mi lado.
Llegó tu distancia.
La lluvia no dejaba de acecharnos.
Todo el jardín giró a nuestro alrededor.
Nos rodeaba la siembra de la lluvia.

que nunca dejó de mover la casa y todas las estrellas.

#### Viento

La cólera del viento me despierta en la madrugada. Sigue la casa rodeada. Me dije: este es el último aviso. Nunca creímos que llegaran.

Luego oímos el poderoso ruido. Y esperamos. Todo se llenó con manos de fuego. El viento se detiene.

Comienza entonces a caer el agua.

#### Cena

La taza resplandece, destellan los platos, las copas son cálices de sangre que amanece.

La casa es una patena de oro destellante, la noche un sol que nos rodea.

Los que fuimos nos sentamos a la mesa.

Afuera el viento nos rodea mientras aúllan los poderes de las bestias.

Pero el silencio es un muro impenetrable.

Adentro todo es relámpago que nos protege.

La cena está servida.

#### Comienzo

El Jardín se ha posado en mi jardín.
Toda su galaxia resplandece a medianoche.
Los árboles destellan, las flores fulgen.
Tiene el césped una tersura de nimbo.
Bajan los Transparentes
y de sus cuerpos surgen peldaños de escala.
Los Radiantes me llaman con sus cristales.
Mis años descienden en el cáliz de un instante.
Los Centelleantes me han rodeado
y me tienden sus ojos de oro.
El amor es una paloma de fuego que elevan.

Por fin llegaron.

## Un relámpago es el agua

Un relámpago es el agua
el agua el amanecer
el amanecer el fuego
el fuego la copa de cristal
la copa de cristal la noche
la noche el jardín abierto a la eternidad
la eternidad el fulgor del espacio
el espacio el niño que juega solitario
el niño que juega solitario
el niño que juega
con una solitaria pieza de ajedrez

Las sílabas de un poema
se ocultan en el sol tierno que amanece
el sol tierno que amanece
en esa calle que no volveremos a ver
aquella playa que no termina
y que está ahora en mi mano
y en mi mano el mundo de la niña que es un relámpago
el agua
el amanecer
el fuego
la copa de cristal
la noche del jardín abierto a la eternidad
el fulgor del espacio
el niño

la pieza de ajedrez olvidada en el tablero
las sílabas de los años
el sol tierno que nunca más estará conmigo,
tú que eras el sol tierno
aquella calle
mi mano en tu mano
la niña que es una brisa de infancia
el agua de fuego en la copa de cristal
la luz que lo empapa todo
un relámpago incesante de memoria.

#### Han venido

El viento ha venido a llevarme.

Primero rodeó la casa, rozó los cipreses, giró en el jardín, a medianoche.

Las hortensias de mi infancia se estremecieron.

Luego entró en la casa, merodeó por los cuartos vacíos,

y suavemente tocó la puerta de mi dormitorio.

Yo lo esperaba.

Pero con el viento entró el resplandor, y el resplandor me llevó en sus brazos como si yo hubiera recién nacido.

#### Nombre

El niño que se ha marchado y no volverá abre la puerta y asoma su cabecita y sus ojos asombrados. Los niños nunca dejan de asombrarse.

Entra, se sienta en el suelo, dice mi nombre.
El sabe que yo estoy, pero no me ve.
Y como sabe que estoy, y sabe que me fui hace muchos años, se acerca, me tiende sus manitas.
Aunque el niño se haya marchado hace muchos años, para siempre.

## Quietud

La luna deja caer una brisa de plata entre los cipreses, y en un banco del jardín está sentado un niño, Nada se mueve, salvo los ojos del niño que ven cómo me acerco. Hace muchos años que ocurre lo mismo.

Pero yo no termino nunca de acercarme, y el niño no termina nunca de estar quieto.

Y nos miramos en la noche de luna donde todo es silencio, salvo los pasos del niño que se va porque yo soy el que se va en esta noche del otoño que comienza.

#### Partida

Yo no me he ido; tú no te has ido. Ellos creen que nos hemos ido, pero estamos allí como estábamos antes, y estamos allá aunque sigamos aquí. Y no hay despedidas de manos en la noche porque nunca hubo noches entre nosotros.

Y aunque la casa está vacía para nosotros que somos transparentes todo resplandece como si recién amaneciera, como si la luz naciera de nuestros cuerpos.

Como si jamás me hubiera ido y tú jamás te hubieras ido.

#### Pasos

Siento que unos pasos entran donde no deben entrar.

Pasos de hace muchos años que aquí vienen y van.

Y yo los oigo y ellos me oyen.
¿Qué hacen aquí que no se van?

Pasos que se unen con mis pasos son pasos de eternidad.
Y estoy por fin y para siempre interminablemente en paz.

Hace muchos años, en una tarte invernal, mientras caía intensa nevada, el Hombre Visible llegó a un albergue situado en los confinos del reino de los Hombres Invisibles.

Esa noche durmió sin sobresultos. Pero a la mañana siguiento, cuando desde el baño vio cómo la cama se hacía sola; y cuando, a la hora de almuerzo, los cubiertos, las copas y servilletas volaban por los aires, se sintió, si no sorprendido, por lo menos desconcertado. Al fin y al cabo, el Hombre Visible sabía en qué país estaba y quiénes lo habitaban. Pero fue extraño sentir que aunque todo guardaba un orden perfecto era imposible saber quiénes lo atendían y miraban. Hasta ese momento no había escuchado voces ni siquiera murmollos.

Salió a la calle. Era un pequeño pueblo situado cerca de un río, a cuya orilla crecían abedules. Había en ese pueblo un maravilloso silencio, acentuado por la nieve que cala. El Hombre Visible
entró en los almacenes; en los bares; en la iglesia, cuyos techos
inclinados brillaban con la luz de la nieve; y recorrió, una tras
otra, las casas. Y vio sillas que se arrastraban sin que nadie las
moviera; vio cepillos de dientes que se movían rítmicamente, autos y buses que marchaban sin que nadie los condujera, periódicos
que trazaban curvas en el aire, y máquinas de escribir cuyas teclas
nadie pulsaba. Observó cómo, sobre la mesa de mármol de un
café, había un tablero de ajedrez sobre el cual se desplazaban caballos, peones, torres y alfiles. Y aunque sabía que detrás de todas
esas cosas y movimientos babía hombres y mujeres, nunca pudo
verlos. Comprendió que, además, no podría habíar con ellos.

#### El Hombre Visible

Hace muchos años, en una tarde invernal, mientras caía intensa nevada, el Hombre Visible llegó a un albergue situado en los confines del reino de los Hombres Invisibles.

Esa noche durmió sin sobresaltos. Pero a la mañana siguiente, cuando desde el baño vio cómo la cama se hacía sola; y cuando, a la hora de almuerzo, los cubiertos, las copas y servilletas volaban por los aires, se sintió, si no sorprendido, por lo menos desconcertado. Al fin y al cabo, el Hombre Visible sabía en qué país estaba y quiénes lo habitaban. Pero fue extraño sentir que aunque todo guardaba un orden perfecto era imposible saber quiénes lo atendían y miraban. Hasta ese momento no había escuchado voces ni siquiera murmullos.

Salió a la calle. Era un pequeño pueblo situado cerca de un río, a cuya orilla crecían abedules. Había en ese pueblo un maravilloso silencio, acentuado por la nieve que caía. El Hombre Visible entró en los almacenes; en los bares; en la iglesia, cuyos techos inclinados brillaban con la luz de la nieve; y recorrió, una tras otra, las casas. Y vio sillas que se arrastraban sin que nadie las moviera; vio cepillos de dientes que se movían rítmicamente, autos y buses que marchaban sin que nadie los condujera, periódicos que trazaban curvas en el aire, y máquinas de escribir cuyas teclas nadie pulsaba. Observó cómo, sobre la mesa de mármol de un café, había un tablero de ajedrez sobre el cual se desplazaban caballos, peones, torres y alfiles. Y aunque sabía que detrás de todas esas cosas y movimientos había hombres y mujeres, nunca pudo verlos. Comprendió que, además, no podría hablar con ellos.

Un mes después de haber llegado al pueblo, sintió que alguien le daba una bofetada. Segundos más tarde, una taza voló por el aire y cayó a un metro de donde se hallaba. Cuando quiso entrar en su habitación, alguien le hizo una zancadilla, y rodó por el suelo. Salió a la calle: lo sujetaron invisibles brazos y lo lanzaron sobre la nieve, después de golpearlo. Vio cómo su sangre corria sobre la nieve. Todas las puertas se cerraron para él. Sentóse luego sobre el banco de una plaza, y se durmió, después de ver cómo, allá lejos, envuelta por las suavísimas plumas de la nieve, se acercaba una niña cantando: una niña visible.

Cuando amanecía, el Hombre Visible abrió los ojos y miró una de sus manos. Había desaparecido. Y luego se esfumaron su otra mano, sus brazos, sus piernas, sus hombros. Cogió un espejo, y trató de buscar su rostro.

Tres horas después, lo encontraron muerto. A su lado, aún estaba la niña. Brilló el sol sobre hombres y mujeres que lentamente comenzaban a hacerse visibles.

Quieta la copa de pinta
quieta la copa está.
Quieta la copa gira
sobre la mesa gira
nunca deja de girar
la copa quieta la mesa quieta
la casa quieta sobre la mesa quieta
la copa quieta gira
la tierra gira y gira quieta
alrededor del sol
que gira quieto
alrededor
de la galaxia quieta
que alrededor de otra galaxia quieta
nunca deja de girar.

Siempre la copa está quieta; nunca deja de girar.

#### Copa

Quieta la copa de plata
quieta la copa está.
Quieta la copa gira
sobre la mesa gira
nunca deja de girar
la copa quieta la mesa quieta
la casa quieta sobre la mesa quieta
la copa quieta gira
la tierra gira y gira quieta
alrededor del sol
que gira quieto
alrededor
de la galaxia quieta
que alrededor de otra galaxia quieta
nunca deja de girar.

Siempre la copa está quieta: nunca deja de girar.

#### Dama

Esta dama sin cara ni camisa, alta de cuello, suave de cintura, tiene todo el temblor de la hermosura que el tiempo oculta y el amor desliza. Esta dama que viene de la brisa y el rango lleva de su propia altura, tiene ese no sé qué de la ternura de una dama sin fin, bella y precisa. Aunque esta dama nunca duerma en cama parece dama sin que sea dama y domina desnuda el mundo entero. Esta dama perdona y no perdona. Y para eso luce una corona esta dama que reina en el tablero.

#### Espejo

Brumas y viento en el espejo triangular.

Tres brumas hay en el espejo y tres vientos hay en la mar.

Te miras en el espejo
y el espejo se pone a caminar
con tres vientos de sueño,
con tres vientos de tempestad.

Para que nunca te vuelvas en el espejo a mirar.

si lo grito por los caminos,

#### Se lo llevaron

El nombre de mi hijo ha desaparecido. ¿Dónde estará el nombre de mi hijo? ¿Dónde está?

Si ha desaparecido el nombre de mi hijo, ¿cómo lo he de encontrar?

Si lo busco por los caminos, si lo sollozo por los caminos, si lo grito por los caminos, ¿quién me lo dirá?

Se lo llevaron el nombre de mi hijo. ¿El que lo llevó: lo traerá?

Si lo busco por los caminos, si lo sollozo por los caminos, si lo grito por los caminos, ¿el que lo llevó me lo dirá?

Yo sé que sin el nombre de mi hijo no seré nunca más.

#### Canción de niño

El niño no mueve los labios.
El niño no cierra los ojos.

Ha visto.

Y pasa un día:
muchos días que se irán.
El niño los ojos no cierra.
El niño los ojos no mueve.
El niño no dice una palabra.

Ha visto.

Pero la madre lo toma en sus brazos. Y canta.

#### Migas

Migas para regresar.

Quiero migas para regresar.

Migas de ayer para regresar.

Las migas ya se fueron,
y las que vengan se irán.
¿Quién las dejará caer
para regresar?

Tú las dejarás.

#### Países

En el país de aquí todo está quieto.
En el país de allá todo vuela.
Vuela un sillón de mimbre:
vuela contigo, está volando.

Aunque allá lejos, en el país de aquí, veo a un niño dormido en otro sillón de mimbre.

## Campo de mármol

La hormiga camina sobre un campo de mármol. Y gira

gira gira desorientada porque está sola.

Nadie va a su auxilio, y ella lo sabe.

La hormiga que desaparece del campo de mármol.

## Aleluyas del sexto día

El cristal de la luz ha sajado la oscuridad poderosa. Y danza el Agua, danza el Agua, danza el Agua sagrada. Resplandecen sonidos sobre el mar de los vientos que bruñen los árboles y hacen brillar las plantas. Hierven y hierven Galaxias en copos de fuego v danzan y danzan y danzan y danzan sus ritos de Madres. Los Mundos ya vienen centelleantes. Torbellinos se acercan. Un Sol jubiloso la Luna levanta en sus brazos: Casa de Oro en el Cielo. Casa de Plata del Cielo, diamantes de Estrellas, lámparas transfiguradas, resplandores que engendran los Atomos, cíngulos y címbalos de Gloria, signos inmortales de sombras que fulgen y entreabren las puertas de todos aquellos que nacen. Entonces criaturas del mar y del cielo y la tierra se anuncian y aparecen los Nombres y el Nombre a través de los puentes del sueño donde suben los ríos del Gozo, donde fluyen y llueven semillas de un Hombre y ternuras de todos los Valles y Montes dormidos de una Mujer.

## Frágil

Duran las olas más que las montañas.

¿Dónde te conocí?: tal vez mañana, tal vez ayer: las olas llegaban suavemente hasta la playa.

No estabas tú, no estaba la ternura ni el presente fugaz que siempre dura ni ese estremecimiento de la nada.

Me desperté: tu cuerpo ya no estaba.

#### Llegar

El mar turquesa con la luz azul
de la playa que late en su silencio.
Este umbral de la noche, y el asombro
de estar aquí. Desde el umbral espero.
Copos de luna caen desde el sueño.

## Para desaparecidos

¿Cuántos años de miedo tienes? ¿Cuántos años de noche tienes? ¿Pero cuántos tiene él?

Si lo sabré.

¿Cuántos años que tú lo sabes?
¿Cuántos años que yo me sé?
Porque su cara no tienes,
ni tienes beso en la sien.
¿Cuántos años que lo esperaste
teniendo toda la sed,
siendo tú la misma sed,
la misma nocturna sed,
toda la sed en la sed?

Si lo sabré.

¿Cuántos años como mil años, y sin saber?
¿Cuántos años como mil mares para desaparecer?
¿Cuantos años como mil ojos que ven y no pueden ver?
¿Cuántos años como mil manos que son tu piel en su piel?

Pero nunca lo sabré.

# IV

Mira, mira y penetra en las palabras.

Durante muchas horas espera en las orilles que se calmen sus aguas. Selo entonces desciunde por los blandos peldaños de la noche: desciende lentamente como en el sueño caes. No tengas miedos siempre hay para ti una mano que ha de ilevarte,

y lo que importa, ahora, lo único que importa es llegar hasta el fondo,
allí donde te espera, conso ua tiemo relámpago, el Único que te da las palabras.

El susurre de pájaros al alba dice que un hombre ha muerto.

El susurro de ese viento en la noche dice que un hombre nace,

Susurros y susurros y pájaros y vientos regresan al lugar donde un hombre ha nacido y donde un hombre muere.

los siempre supieron que el pasado es un tiemp de nacimiento y nunca es un tiempo de muerte.

## Variaciones sobre versos de Karol Wojtyla

Ser justai mode sonde acero.

Mira, mira y penetra en las palabras.

Durante muchas horas espera en las orillas que se calmen sus aguas. Sólo entonces desciende por los blandos peldaños de la noche: desciende lentamente como en el sueño caes.

No tengas miedo: siempre hay para ti una mano que ha de llevarte, y lo que importa, ahora, lo único que importa es llegar hasta el fondo, allí donde te espera, como un tierno relámpago, el Único que te da las palabras.

palabra en que sin-escat 2 o terra huis de lu Rostro.

El susurro de pájaros al alba dice que un hombre ha muerto.

El susurro de ese viento en la noche dice que un hombre nace.

Susurros y susurros y pájaros y vientos regresan al lugar donde un hombre ha nacido y donde un hombre muere.

Ellos siempre supieron que el pasado es un tiempo de nacimiento y nunca es un tiempo de muerte.

Tú te crees el centro del mundo.

Cuidate de tu poder.

Ser justo no es ser de acero.

Una miga de pan es más real que tú.

que se calmen sus aguas. Esso entonces desciende

Duele el amor, a veces, durante muchos soles,
y la lengua está seca.

Seco, seco está el cielo, los ojos están secos.

Sopla arena en las manos.
¿Esto será la muerte? Mi cuerpo permanece
donde estaba, y se queda. ¿Es esto lo que duele?
¿No poder separarse de lo que ha sido de uno?

Durante tantos años dije mío a lo mío,
palabra en que me escondo para huir de tu Rostro.
¿Con qué agua curaremos el amor que nos duele?
El silencio es el agua, el agua es el silencio,
pero no el que que me llaga sino aquel que me lleva
al nacimiento para entrañarme en tus Manos.

de estar sin Ti, porque en Ti padeciste la sequedad del mundo.

No es el amor aquello que nos duele: es la ausencia

Nunca lo encontrarás si no es en el silencio.

Él suaviza su paso
en el silencio,
y su paso es un círculo de unas aguas muy quietas
donde no existe el miedo.
Pero el silencio empieza más allá del umbral,
y del silencio nunca se regresa.

A ti, el Oculto, te mira toda el agua sin cesar.
Con la mano abierta coges agua de eternidad.
Con el agua haces los ojos y te ocultas en el pan: agua profunda que tiene sangre de sol y de sal.

7

Nunca mueren las cosas si tú las penetraste con los ojos, y si hiciste con ellas que fueran más que cosas.

Sólo que en la mirada tiene que haber amor.

Y eso no es fácil, nunca ha sido fácil.

Y sólo así se logra que sean inmortales las pobrecitas cosas.

La anciana sola que vende una lima.

La anciana sola nadie se aproxima.

Mil años hace que en la esquina aguarda mientras la moneda tarda que tarda.

La anciana pide. Nadie se detiene: ni la noche intensa ai la frágil nieve. Y el río corre, pasa, pasa y pasa.

La anciana sola vuelve hacia su casa que ya no existe. La moneda tarda.

Nadie en la esquina aguarda. Nadie aguarda.

Mil años hace. Nadie se aproxima.

La anciana sola que vende una lima.

### Lima

La anciana sola que vende una lima.

La anciana sola: nadie se aproxima.

Mil años hace que en la esquina aguarda
mientras la moneda tarda que tarda.

La anciana pide. Nadie se detiene:
ni la noche intensa ni la frágil nieve.

Y el río corre, pasa, pasa y pasa.

La anciana sola vuelve hacia su casa
que ya no existe. La moneda tarda.

Nadie en la esquina aguarda. Nadie aguarda.

Mil años hace. Nadie se aproxima.

La anciana sola que vende una lima.

#### De nuevo

De nuevo estoy contigo.

Supe entonces que al haberte amado había amado en ti las que tú fuiste.

Y volví entonces de nuevo a perderte.

# Adagio cantabile

Las noches se rompen.

Lisuras del oro luciente, destellos
de la luz donde te hundes
con tersuras de vientos bruñidos
en ríos llevados
por sonidos que apenas sostienen
las cuerdas:
apenas sostienen
las cuerdas,
las
cuerdas.
Sobre ti han caído
esplendores de tus ojos de alba.

Has vuelto a nacer.

# Prodigio

Alguien nos mira desde algún lugar.
Hierven las estrellas. Todo está quieto.
Las tórtolas caminan en mi sueño.
Late el pulso del silencio y se extiende en la noche primera.
Caen los pétalos del sol sobre nosotros.

Es el asombro del amor.

### Llave

La llave de hierro
el hierro de la roca
la roca invisible
Lo invisible de lo invisible
la llave que flota en el mundo
antes de ser llave
antes
de ser más allá del más allá
La llave
y el hierro de la llave
llegaron a mi mesa cierta noche

Y en mi mano sorprendida dejó la luz de todas las galaxias.

# Detrás del ciprés se asoma

Detrás del ciprés se asoma.
¿Quién se asoma?
Detrás del ciprés te nombra.
¿Quién te nombra?
¿Quién te asombra?
Detrás del ciprés la sombra,
tu sombra,
las olas de tu sombra
detrás del que te nombra,
la luna de tu sombra
detrás del que te nombra.

Detrás.

Allá donde tú escuchas, y allá donde se asoma y lleva en su redoma su brisa de paloma, su brisa de paloma.

Su risa de paloma.

Paloma posada en la rama, mañana con olor a trébol, hojas bruñidas de turquesa. Aquí te espero, aquí te espero.

Brisa del después y de antes: no me robes los instantes.

Nubes de antaño que volaron, nubes de antaño que ahora llegan, ciruelos de sombra tostada, infancia de cristal y de cera.

Brisa del después y de antes: no me robes los instantes.

Años dorados de la isla, copas y copos que son ecos. Huérfano se quedó mi espacio. Aquí te espero, aquí te espero.

Brisa del después y de antes: no me robes los instantes.

# Canción de la hormiga insistente

Hace días que una hormiga me persigue, me persigue esta hormiga. Me persigue. No hay señal: no se fatiga esta hormiga. Es inútil: no se marcha con sus ojos, sus antenas y sus patas. Yo no sé quién pueda ser esta hormiga diminuta. No hay señal: no se fatiga esta hormiga. No ha nacido en ese reino subterráneo. Yo no soy, me lo asegura, regicida o esclavista o bucanera. Es que soy muy diminuta, y por eso no soy puta: solamente diminuta.

No la veo. No me veo.
Pero sigue y me persigue.
No hay señal: no se fatiga esta hormiga.

### No tuvo

No tuvo príncipes no tuvo tiranos de botones dorados no tuvo simoníacos que intentaran comprar los dones del Espíritu no tuvo consejeros falsificadores ni biombos bípedos no tuvo traidores salvo dos (uno murió crucificado el otro en los colmillos de Lucifer). Sobre todo no tuvo príncipes. ¿Por qué príncipes? Por estar entre los primeros. ser los primeros o ser los últimos? Sobre todo, no tuvo aduladores. Los aduladores, como se sabe, están hundidos hasta el cuello en una laguna de excrementos. No tuvo cardenales trepadores ni papas que murieran en olor de maldad. No tuvo.

Que Dios se apiade de ellos.
Y de nosotros.

### Los años de espejos rotos

Los años

Los años
de ojos que llegan,
los años de ojos
que pasan,
los
años de ojos que vienen.

Los años.

Los ojos

vienen

llegan

pasan.

Pasan

llegan

vienen.

Los ojos. Los años.

Sin que robes mis instantes porque tus instantes soplan.
Entonces me perdí contigo como tú te pierdes ahora en mí. Pero ahora me pierdo teniéndote a solas.

Nos sobran todas las cosas y todo el amor nos sobra

porque el amor empieza con todos los asombros.

Ya no recuerdo quién eres ni yo en los brazos de oro. Ni los otros. Porque somos y ahora somos lo que tu Galaxia de gozo. Ojos en todo el cuerpo y tus manos en mis ojos para verte: porque tú eres el Gran silencio del pozo con mi cuerpo de pupila, con el espejo de fondo que me devuelve lo que fui de niño. Y es otro.

Los años de ojos celosos, miel de las noches, copas de estaño y de soles, bruñidas manos de copos centelleantes de oro rojo vestidos de fuego invisible. Los años de espejos rotos que llegan, nos van, nos funden en soledades de otoño. Los años de ojos celosos.

Y en el final de los años se oye el llanto quedito de un niño silencioso.

Silencioso.

### La grosella

La grosella de mi infancia era estrella. La grosella. Era toda la fragancia de una estrella la grosella de mi infancia que fue estrella y ahora sólo es huella de fragancia de mi infancia. La grosella fue doncella de la estrella de mi infancia. ¿Qué fue de ella, qué fue de ella. qué fue

Fue un verano de mi mano la grosella.

de ella?

# VI

# Reloj

Llevaba en la mano el niño un reloj muy antiguo de madera.
Un reloj.
Era el reloj de su padre que en alta mar se durmió.

Si es el ataúd del tiempo, ¿cómo a enterrarlo voy?, dijo el niño. Yo lo llevo para no perderme. No da las horas: las horas mi padre se las llevó.

Pero el tiempo que ahora tengo no se siente, no. No hay tiempo, ha dicho el niño. No hay tiempo, no hay tiempo, no.

Era mi padre marinante de cien islas que son de adiós. Ha venido de otro mundo la llama de oro del reloj.

# Fugit

El silbido del zorzal
en la tarde de verano.
Tu mano que ayer estuvo
y ya no está con mi mano.

Esta flor, esta
flor
que trepa,
esta hija
de una hoja,
hoja de una hija que ahora se deshoja
y sube
sube
y sube
y no deja de subir al territorio
de la estrella
y al espiral dominio de la Vía

Esta flor
que trepa por el pino
y está a muchos años de luz del pino
aunque está muy cerca
y está cerca de allí y está muy lejos de aquí.
Esta flor

muere aquí para nacer allá.
Esta flor enciende cuando apaga.
Esta purpúrea buganvilla.

### Silbido

El silbido del pájaro extraño que anoche escuché.

No hacía daño este pájaro extraño ni el silbido que anoche escuché.

Me dijo adiós, adiós sin su sonido, a pesar del silbido.

Qué pájaro extraño, qué noche esta noche, qué paño del silbido, qué sueño tan rompido el silbido del pájaro extraño que escucho en la taza de café.

Me dice adiós, adiós en su silbido.

Me dice: ven conmigo.

La noche llena está de trigo
y silbidos del pájaro extraño
que anoche escuché.

# Scherzo para ciertos hombres públicos

Aunque bringuen y salten y trinquen v en saltos mortales y venales de campana, de carnero. Y aunque pongan los ojos en blanco con su tranco y su banco, y nos brinden piruetas repletas, y cabriolas de colas, y nos lancen, inmunes, parlamentos y lugares comunes, con sus aires de vacas indemnes, solemnes. con sonrisas desnudas. más correctas que Judas: qué más da si en intenso comienzo ya existió la Palabra, la Palabra que nunca han podido ahogarla, ni siquiera ese Pata de Cabra.

La Palabra.

### No tiene

Los mocasines negros,
la sangre púrpura,
el corazón negro,
el solideo púrpura,
las uñas negras,
la fascia púrpura
que rodea una barriga negra,
los labios purpúreos,
las hebillas de oro del poder negro,
la sotana negra de sedosos frufrúes negros
que silban si el prelado
muy airoso en perfume camina.
Todo esto se vende
en las tiendas de Roma exclusivas.

Y no tiene el Hijo del Hombre dónde reclinar la cabeza.

La manzana niño el niño manzana la abuela nuez la nuez abuela mientras caen de las ramas gotas de lluvia y de noche la manzana abuela el niño nuez de oro la abuela manzana de plata mientras caen de las ramas gotas de estrellas y la galaxia se llena de manzanas y las nueces de planetas y los planetas de niños manzana nueces abuela niños abuela y veo el niño que camina en el segundo piso de los helechos y en el numeroso invierno del relámpago.

# Hallazgo

En los hornos de Lonquén nadie sabe quién es quién.

Sólo quedan osamentas.
¿Quién nos saca bien las cuentas
sin adornos
en los hornos
y en el más bajo nivel?
¿Quién es ése, quién es él?

En los hornos de Lonquén nadie sabe quién es quién.

Sólo queda una mordaza
y una tela muy escasa
y un alambre
en el enjambre
de estos muertos en tropel,
de estos muertos que carecen de papel,
de estos muertos sin retornos,
sin contornos,
de estos muertos sin amén.

En los hornos de Lonquén tú bien sabes quién es quién.

# VII

- Viene el viento del norte - me dijo el robie.

Abro los ojos: las nubes, en las noches de luna liena, comienzan lentamente a moverse. Allá, en la cordillera, me mojaban la cara. Las nubes me recuerdan algo que ha perdido.

- Pronto Regará la Ruvia.

Sólo recuerdo que he despertado de un profundo sueño, al pie del roble. Los árboles, los animales, el viento y el agua me aseguran que estoy desnudo, pero nunca me han sabido decir que es eso.

Recuerdo, en la caverna de la condillera, el rumor de la lluvia que se transforma, poco a poco, en plumas y lágrimas blancas: comienza a nevar profundamente. Nevaba en mi sueño. El sueño es como correr bajo un campo nevado: la nieve del sueño es tibia como una caverna. Hay una sombra que me toma en sus brazos; sé que me protego, y se mueve alrededor del fuego, que es como el ojo de Búño. Las llamas proyectan esa sombra contra unos maros.

 Acabas de despertar. — dice Pensógenes, el Búbo, desde el roble.

— ¿Qué es despertar? —le pregunto.

Se queda inmóvil, atanto: sus grandes ojos se clavan en mí. De cuando en cuando mueve una pata.

— El sueño es como un no muy hondo — agrega — Y en el sueño se ve lo que faimos y le que seremos.

El potrero es una luna derada bajo la luna, y el sueño es entrar en un río. El Búlio se mete en un bueco del tronco. Luego

# Fillo de Rucamanqui

— Viene el viento del norte —me dijo el roble.

Abro los ojos: las nubes, en las noches de luna llena, comienzan lentamente a moverse. Allá, en la cordillera, me mojaban la cara. Las nubes me recuerdan algo que he perdido.

Pronto llegará la lluvia.

Sólo recuerdo que he despertado de un profundo sueño, al pie del roble. Los árboles, los animales, el viento y el agua me aseguran que estoy desnudo, pero nunca me han sabido decir qué es eso.

Recuerdo, en la caverna de la cordillera, el rumor de la lluvia que se transforma, poco a poco, en plumas y lágrimas blancas: comienza a nevar profundamente. Nevaba en mi sueño. El sueño es como correr bajo un campo nevado: la nieve del sueño es tibia como una caverna. Hay una sombra que me toma en sus brazos: sé que me protege, y se mueve alrededor del fuego, que es como el ojo de Búho. Las llamas proyectan esa sombra contra unos muros.

- Acabas de despertar. —dice Pensógenes, el Búho, desde el roble.
  - ¿Qué es despertar? —le pregunto.

Se queda inmóvil, atento: sus grandes ojos se clavan en mí. De cuando en cuando mueve una pata.

— El sueño es como un río muy hondo —agrega—. Y en el sueño se ve lo que fuimos y lo que seremos.

El potrero es una luna dorada bajo la luna, y el sueño es entrar en un río. El Búho se mete en un hueco del tronco. Luego

regresa donde estoy.

- Búho, Búho, Búho repito —. Te llamabas Búho...
- Hasta aquí llegaron, hace muchos, muchos años unos hombres que venían del otro lado de la Tierra, y pusieron nombres a las aves, y a los animales, y a las plantas, y a los ríos, y a las montañas... —continua el Búho—. ¿De dónde vienes tú? ¿Por qué no hablas como lo hacen los hombres que yo conozco?
  - No sé de dónde vengo.

Pensógenes voló alrededor del roble, descendió y vino a posarse sobre mi hombro.

- Eres muy extraño: no hablas, y te escucho, sin embargo. Te siento como si tu voz entrara en mi cabeza ¿Quién eres?
- Te vi, y supe, de inmediato, que te llamabas Búho: Pensógenes, el Búho, el de los Ojos Vigilantes.
- No tienes plumas, como yo. No tienes garras, como el gato montés. No tienes pétalos, como el copihue, y sabes cómo hablan. No tienes alas, como la bandurria que anuncia la lluvia. No tienes antenas, como Cerambio, el Insecto. Te pareces y no te pareces a los hombres. No eres nube, y sabes cómo ellas conversan. No hablas, y eres capaz de expresarte en nuestra lengua. ¿Cómo te llamas?

Y volando llega hasta mi hombro, rozando una de mis orejas.

Busqué, otra vez, en el sueño que había tenido en la caverna —casi al amanecer, cuando la cabeza de puma del sol surge sobre la Cordillera—. Y traté de recordar qué había soñado, dónde estuve esa noche. Pero me fue imposible.

- ¿Qué estabas haciendo cuando despertaste? —preguntó
   Pensógenes.
  - Estaba tendido cerca de la boca de la caverna, y sentí que

algo subía por mi mano.

- ¿Qué era?
- Movía rápidamente sus patitas: su cuerpo, fino y alargado, corría y corría sobre mi mano. Me miró, y me dijo: "Abre bien los ojos. Me llamo Cerambio, el Insecto, y desde ahora seré tu compañero".

Pensógenes se movió nervioso.

- Entonces oí que alguien me llamaba en el sueño. La voz me ordenaba algo. Sobre la boca de un volcán brillaba un fuego tan redondo como tus ojos, Pensógenes. Y de súbito, el fuego comenzo a girar, a girar y a girar, y se elevó velozmente sobre el cielo.
- —¿Y qué más?
- No puedo recordar más. Creo que alguien borró de mi memoria eso, y me hizo creer que todo había sucedido en el sueño.
  - No fue en el sueño. Eso fue hace ya mucho tiempo.

Pensógenes voló hasta el roble, se introdujo en su casa, y pronto surgió de él trayendo algo parecido a una hoja blanca. Me la entregó.

— Los hombres lo llaman papel —explicó.

Sobre el papel había una líneas sinuosas, como las que traza don Treta, el Zorro, cuando quiere despistar a quien lo persigue. Y unos círculos de color del fuego. Y unas como ramitas negras.

- No sé qué es esto, Pensógenes.
- Sí lo sabes. Dime lo que dice allí.
- No puedo.
- ¡Sí puedes! —exclamó, colérico, Pensógenes—. Hazlo.
   Puedes hacerlo.

La hoja de papel pesaba en mi mano como una roca.

— No, no puedo —insistí.

Pensógenes me dijo:

— Ven. Sígueme, entonces.

Y cuando llegamos a un valle, después de una noche de camino, vimos cómo surgían muchos limoneros.

El Búho ordenó:

Dime qué dice el papel.

Sentí como si alguien me desgarrara la piel.

- Fillo...
- Te llamas Fillo —dijo el Búho—. Fillo...
- Me llamo Fillo. Fi-llo —repetí—. ¿Pero de dónde vengo?
- No había querido decírtelo hasta ahora. Pero vi el fuego redondo. Vi cómo descendía del cielo, y cómo de él bajaban unos hombres. Eran hombres parecidos a los que habitan allá abajo. Descendieron cerca de la caverna, allí te dejaron. De esto hace ya diez años, según miden el tiempo los hombres.
- ¿Conoces a tus padres?
- Sí. Pero murieron.
- ¿Y dónde están los míos?

Pensógenes alzó la cabeza, y miró a las montañas:

— Tu madre...

Me sentí, de nuevo, en el sueño, y un resplandor giró dentro de mi cabeza.

- ...murió cuando naciste.
- —¿Y mi padre?
- No sé. Puede que haya regresado al fuego circular. Puede que no...

Repetí mi nombre:

- Fillo, Fillo, Fillo...

Y el viento, la cordillera, los volcanes, el río y los limoneros lo escucharon por primera vez.

Entonces apareció el Zorro.

Veo, ahora, mi mano sobre la cola del Zorro. Don Treta ha volteado su cabeza para mirarme, y sé que no me hará daño. El Zorro se acerca a lamerme la mano.

Deberías tener cuidado, Fillo —aconseja el Búho—. Don
 Treta es peligroso. He visto cómo ataca a otros hombres...

Me tiendo al pie de una pequeña cascada, y el Zorro viene a acompañarme. Se acuesta a mis pies, mientras Pensógenes vuela a la rama de un arrayán. Don Treta hunde el hocico entre sus manos, y mueve ceremoniosamente la cola, mientras mi mano pasa y vuelve a pasar sobre su pelaje plateado.

— No te fíes —dice Pensógenes.

Pero el Zorro cierra los ojos, suspira, y sigue moviendo la cola.

- ¿Por qué habría de hacerle daño? —explica don Treta al Búho, que sobre el arrayán mueve muy nervioso sus patas—. Fillo es ya mi amigo.
  - ¿Sabes dónde está mi padre? —pregunto al Zorro.

Se ha sentado, y mientras trata de recordar, la luna comienza a surgir sobre las montañas.

- ¿Tu padre? Yo te ayudaré a encontrarlo.
- Y yo también —dice Pensógenes. Y desciende del arrayán para detenerse sobre mi hombro.
- Vamos —dije—. Pero antes de salir a buscarlo, volvamos a la caverna.
- Lo primero que habrá que averiguar —dijo Pensógenes—

es qué ocurrió con el fuego que subió al cielo. El cóndor puede saberlo...

- O no —agregó don Treta—. No me gusta mucho el tipo ése: es muy arrogante. Repite, una y otra vez, que no se llama cóndor, sino manqui, y que todas estas tierras son su casa. Por eso habla de su Rucamanqui. Y, además, me molesta su gorguera blanca...
- Y tú lo dices —sonrió Pensógenes—. Ves la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio. Bueno: vamos allá.

Entonces apareció Cerambio.

— ¿Quién te llamó aquí? —preguntó el Búho.

Cerambio movió las larguísimas antenas, y de improviso alzó el vuelo cruzando cerca de Pensógenes.

- Eres muy sabio —dijo Cerambio—, pero muy majadero.
  Y señalándome agregó—: Yo sabía que Fillo necesitaba mi ayuda. El viento me trajo su nombre y mensaje. Busca a su padre, ¿no es cierto?
- Así es —dijeron al mismo tiempo don Treta y Pensógenes—. Y nosotros le ayudaremos a encontrarlo...
- Vamos, entonces —dijo Cerambio, devorando, al pasar sobre el pétalo de un copihue, una gota de rocío.

Don Treta, Pensógenes y Cerambio sienten frío, y esperan que yo les encienda el fuego. Ha comenzado a llover. Estalla la tempestad: corren en el cielo las piedras del trueno, y los rayos se clavan en la montaña. Allá, en la ladera, cae un rayo sobre la copa de un raulí. Recojo algunas ramas secas que están en el fondo de la caverna, y las miro durante mucho tiempo hasta que surgen las llamas. Don Treta y Pensógenes observan asombrados, alrededor

de las llamas. Cuando las llamas se hacen más intensas, don Treta se frota las patas de puro contento; Pensógenes mueve sus plumas, y Cerambio me hace cosquillas con sus antenas, en señal de agradecimiento.

— Mañana partiremos —dice Pensógenes—. Y si no lo encontramos en las montañas, bajaremos a los potreros. Y si allí no está, iremos hasta las casas de los hombres.

El Zorro se relamió los bigotes.

- Y nos serviremos algunas gallinas...
- Tú siempre pensando en las gallinas —señala el Búho—. Siempre, claro está, que no se trate de gallinas negras con trece pollitos.

Don Treta se estremeció.

Cerambio temblaba.

Pensógenes caminó, pensativo, hasta la entrada de la caverna: voló hasta un coigüe, y escondió la cabeza debajo de sus plumas.

El Zorro se tendió sobre mis pies, y me dijo con cierto temor que se reflejaba en un pequeño temblor de su hocico:

— ¡Y la gallina negra con trece pollitos! Ojalá que no la encontremos en nuestro camino...

Me levanto y salgo de la caverna. La tempestad amaina. Comienza a soplar viento del sur.

Brilla el ojo de la luna. Y alguien me llama desde muy lejos, desde las casas de los hombres:

— Fillo...

Hemos salido de noche. El Búho va sobre la espalda del Zorro, y a cierta distancia lo sigue, volando, Cerambio, fino como

el agua del estero que cruzamos: la luna pone extraños reflejos en su cuerpo, y de cuando en cuando emprende vuelo en compañía del Búho. Bajamos por un pequeño sendero. La luna queda oculta detrás de un coigüe, hacia donde Cerambio vuela para despedirse de su mujer, de sus hijos y de sus padres, que están muy viejos. Comienza a llover. La lluvia, débil al comienzo, cae después con más intensidad: brilla la cola del Zorro, se hace dos veces plateada con la luz de la luna. Cerambio me ha pedido permiso para dormir bajo mis cabellos.

El Zorro, de improviso, se detiene. Aguza las orejas. Mueve la cola rítmicamente.

— Hay algo allí. Detrás de ese maitén —advierte.

Un leve rumor de hojarasca pisoteada.

Pensógenes se mantiene atento. Vuela hasta llegar a mi hombro, y me susurra en la oreja:

— Es un niño.

Entre las ramas aparece un rostro.

— ¿Quién eres? —le pregunto con la mirada. No me ha contestado. Levanta su mano derecha, y con uno de sus dedos indica algo que debe estar cerca de sus pies.

Cerambio baja, rápido, por mi sien, y me dice:

— Aquí hay un entierro.

El Búho afirma con la cabeza.

— ¿Sabes quién soy yo? —pregunto al niño.

Con los ojos ha dicho mi nombre.

- Los hombres del fuego lo comunicaron.
- ¿De dónde vienes? ¿Sabes a quién busco?

Su respuesta me ha llegado de inmediato.

— No te diré de dónde vengo. Pero hace muchos años vi a otros hombres bajar en el fuego redondo, y te dejaron allá, cerca de la caverna...

- El Búho —interrumpo cree que mi padre volvió con ellos.
- Pensógenes es un sabio, pero no sabe más que lo que yo sé...

Desde la otra orilla del estero, don Treta me advierte:

— Aquí cerca tiene que haber un entierro. Justamente donde está el niño. Puede haber monedas, muchas monedas — afirma con los ojos brillantes—. Detengámonos aquí.

Cuando voy a contestarle que no, el niño desaparece.

La noche avanza sobre los esteros y las montañas. Arranco de un roble algunos digüeñes, recojo avellanas, frutillas y huevos de codorniz, y me preparo a comer. Don Treta, Pensógenes y Cerambio han salido a cazar. Luego de beber en el arroyo, el mundo comienza a transformarse: apoyo la cabeza sobre el tronco de un peumo, y entro en el sueño. Toda la tierra y los bosques parecen, entonces, iluminarse.

¿Dónde está mi padre?

Búscalo, me dice la zarzamora.

Búscalo, me piden los arrayanes.

Búscalo, me grita, desde la cordillera, el cóndor.

Búscalo, canta un laurel mientras se inclina sobre mi sueño.

Y yo me desprendo de mi cuerpo: soy el laurel, y el arrayán, y la luna, y siento como me hundo en las profundidades de la tierra. Y vuelo sobre las montañas, porque soy el cóndor. Y desde arriba de los bosques de pinos se ven tan oscuros y tiernos como las noches. Y soy el agua que cae desde la vertiente. Y el puma que baja hasta las casas de los hombres. Y una espiga de trigo del potrero, y el sol que lo cubre...

¿Dónde?

Cuando despierto, veo que don Treta está frente a mí. Me mira aterrorizado.

Por el sendero avanza un enorme perro negro.

Temblando, el Zorro se pega a mí. Y cuando paso la mano sobre su cabeza, siento que sigue estremeciéndose.

— Es el Cachudo —advierte.

El perro camina lentamente hacia nosotros. De su piel brota una luz sangrienta: sus ojos brillan como soles pequeños, y su lengua está rodeada por un nimbo luminoso.

- ¿Dónde van? —pregunta.
- ¡Aléjate! —me susurra don Treta. El Zorro corre rápidamente, y se pierde en el bosque.
- ¡Huye! —insiste Pensógenes desde la copa de un roble—. Te condenarás si lo tocas...

Las nubes han cubierto la luna. La oscuridad se hace más intensa. El perro viene hacia donde estoy, y escupe un líquido fosforescente.

— ¿Dónde vas? ¿Qué buscas? ¿No sabes que por aquí no se puede pasar? ¡Contesta!

Le digo a Cerambio que se le acerque. Y él, que es tan rápido como el viento sur, vuela un poco y se enfrenta al perro.

- ¿Quién eres? —pregunta
- Soy Cerambio. Y tú. ¿Quién eres?

El perro vacila, y asombrado pregunta:

- ¿No me conoces? Soy el Malo.
- ¿Quién?
  - ¡Soy el Diablo!
  - Y eso ¿qué es? interroga Cerambio, que sigue volando

alrededor del perro.

El perro escupe con desprecio.

- Necesito saber qué hacen ustedes aquí, y qué buscan.
- Buscamos al padre de Fillo...
- Bajó desde el fuego redondo —explica el perro—. En vano lo buscan. Volvió al fuego redondo que subió al cielo...
  - ¡Mentira! —exclama el Búho—. Eso sólo Dios lo sabe.
  - Dios es un envidioso. Yo sé más que él.

El Búho voló alrededor de la cola del perro, y éste giró en redondo para tratar de alcanzarlo.

Tú no puedes saber más que Dios —aclaró Cerambio—.
 Eres un mentiroso. Y además un perro hediondo.

El Zorro, al cual ya se le había pasado el miedo, salió del bosque. Me acerqué al perro, y retrocedió. Me acerqué aun más, y siguió retrocediendo. Su luminosidad comenzó a disminuir. El Búho trazó, entonces, en el aire de su vuelo, una cruz.

El perro negro se esfumó.

Comenzó a amanecer.

Y pasaron días y noches, noches y días, y preguntamos a las flores y a los pájaros y a los ríos y a la lluvia y a la luna y a todas las cosas que nos rodeaban dónde estaba mi padre. Pero no supieron decirnos dónde se encontraba.

Hasta que un día Cerambio, que tiene su casa en el coigüe y se alimenta de rocío, regresó para indicarme que debíamos bajar hacía donde el sol desaparece. Y después de una luna vimos, desde lejos, cómo surgía el humo de la casa de los hombres, y uno de ellos cruzó cerca de nosotros sobre un caballo negro, mientras lo observábamos escondidos detrás de unos aromos. Luego pasó otro,

y otro, y otro. Y los hombres eran seguidos por muchos perros. El Búho y el Zorro desaparecieron. Sólo Cerambio me acompañaba.

— Voy a ver de qué se trata —me advirtió.

Y voló hasta perderse en el atardecer.

Me tendí a la orilla de un estero, y luego de comer un puñado de avellanas, me quedé dormido.

Al amanecer Cerambio me despertó:

— ¡Huye rápido! ¡Los hombres te buscan con lazos y perros y caballos...!

Un brazo muy largo, que salía de un hombre que cabalgaba, me apretó la garganta, y me derribó.

Escuché voces que decían:

- ¡Cuidado, que puede ser peligroso! ¡Amárrale las manos a la espalda!
- ¡Llévenselo laceado hasta las casas...!

Me levanté con gran esfuerzo. El brazo seguía atado a mi cuello. Tropezando y tropezando, me arrastraron.

- Qué cosa más rara. Los perros no lo han mordido... —dijo uno.
- Incluso parece que lo conocen —agregó otro—. Y es mudo.

Oí el grito del Búho. Me decía que no intentara atacarlos, que me quedara quieto.

¿Y por qué habría de atacarlos?

Cuando llegamos a las casas, después de atravesar potreros y cruzar cercas y caminos flanqueados por álamos que, por primera vez, no supieron hablarme, me desataron y me observaron silenciosos durante un rato.

— No es peligroso —dijo uno de ellos, alto y con el cabello blanco, que parecía mandar sobre los demás—. No lo molesten. Tráiganle una camisa y un pantalón. Y comida.

Un niño se adelantó, y avanzó hacia donde yo estaba: me tendió algo parecido al reflejo de luna en el agua, abierto por arriba. Olía bien.

— Es harina tostada —me dijo Cerambio—. Cómela: es muy buena. Y cuando la comas, guárdate esa que se llama lata...

Metí los dedos en ella, pero el niño me sujetó la mano, y me pasó una cosa que él llamó cuchara y que está hecha con la carne del árbol.

Tenía mucha hambre, y comí rápidamente. Sentí, entonces, el sol en mi boca, y recordé un campo de espigas que ondulaban bajo el sol.

Pero algo se había desmoronado en mí, como un árbol que cae derribado por el rayo de la cordillera.

El niño llega cerca del roble, en cuyo tronco estoy apoyado.

- ¿Por qué no hablas?
- No sé hablar, pero sé que entiendes lo que te digo.

El niño me miró asombrado. Sentí que no me tenía miedo, como los hombres que me habían traído amarrado.

- ¿Cómo te llamas?
- efin valor. Pero vo se oue de tienene ve sav masse su ore que alor mile
- Oigo tu voz aquí.

Y señaló su cabeza.

- Buscas a alguien, Fillo.
  - ¿Cómo lo sabes?
  - No sé. Nadie me lo ha dicho...
  - —Tal vez el Búho. ¿O el Zorro?

Cerambio salió volando desde mi oreja, giró alrededor del

niño, y se detuvo sobre una de sus manos,

- Qué lindo es. Parece un príncipe dijo el niño sonriendo.
- Es un príncipe.
  - —Y tú, ¿hablas con él?
- Sí. Y con el Zorro, y con el Búho...
- A veces yo también lo suelo hacer: converso con el Búho, cuando viene a pasar unos días a mi casa. Pero no me contesta como tú. Sin embargo, una noche sentí que alguien me hablaba desde la Cordillera. ¿Vienes de allá?
- Allá me dejaron. Mi madre murió, y mi padre desapareció. Lo busqué por todas partes. Pero no lo he encontrado.
- Cuando duermo —explicó el niño— suelo sentir con más fuerza esa voz. Y la voz me dice que un día alguien vendría desde la cordillera y me hablaría sin que moviera la boca...
  - ¿Cómo te llamas?
  - Rubí.
  - Y eso, ¿qué significa?
- Es una piedra preciosa. Tiene mucho valor. Y los hombres la buscan.
- ¿Como las piedras de las montañas? ¿Como las piedras que corren en los esteros?
- Los hombres dicen, Fillo, que esas piedras no tienen ningún valor. Pero yo sé que lo tienen. No hay nada más bonito que una piedra de río, sobre todo cuando el sol de la tarde la toca. Parece de oro...
- Es de oro. Y son también de oro los campos de trigo, y los ojos del sol, y la fina lluvia de los aromos...
  - ¿Quieres venir a mi casa? Allá podrás dormir.
  - Me quedaré aquí, al pie del roble.
- ¿Toda la noche?

- Toda la noche, y la noche que sigue, y la que sigue....
- ¿No sientes frío?
- ¿Qué es el frío?
  - Duermes, a veces, a pleno sol. ¿No sientes calor?
  - ¿Qué es el calor?
  - ¿No te enfermas?
  - ¿Qué es la enfermedad?
  - ¿Quieres que te traiga de comer?
  - Gracias, ya comí.
- ¿Qué comes?
- Frutillas, digüeñes, pétalos de copihue y brotes de quila. Avellanas. Y, ahora, esa harina tostada que tú me traes...
- Me gustaría acompañarte y salir contigo a buscar a tu padre. ¿Vendrá el Búho?
  - Y el Zorro. Y Cerambio.
- El Zorro no puede venir aquí. Lo matarían. El Búho, sí.
   Y Cerambio, el príncipe.

Cerambio alzó el vuelo, tocando, luego, con sus largas antenas, la frente del niño. Y volvió al refugio de mi oreja.

- ¿Me lo prestarías por esta noche?
- Cerambio es libre. Si él lo quiere, irá.

Se frotó sus antenas, señal de que estaba muy contento, y voló a posarse sobre la cabeza de Rubí.

— Hasta luego, Fillo. Mañana nos veremos.

Y se alejó por el potrero.

Cerambio me saludó desde la cabeza de Rubí.

- Está jugando con el trompo que le di —dice el niño.
- Pero el trompo no existe —contesta el padre.

- Mira cómo lo coloca en su mano, y el trompo gira...
   —agregó Rubí.
  - ¿No estará loco?
- Fillo dice que lo ve. Que ve la cuerda. Que siente la punta sobre la mano. Y yo veo el trompo...
- Rubí: anda a acostarte, y déjalo solo. Parece que va a llover. Está norteando.
  - Déjame un ratito más...
- Bueno, pero no demasiado. ¿Comió ya?
  - Sí, papá. Le di harina tostada. Le gusta mucho.

Girando sobre la copa de un roble, gritan dos bandurrias, y vuelan hacia la cordillera.

#### Rubí cuenta:

- Fillo busca a su papá. Y lo acompañan un Zorro, un Búho, y un Insecto. Y conversa con ellos. Y ellos le ayudan a buscarlo...
  - ¿Y tú también lo ayudas?
- También.
- Haces bien, Rubí.

Y se aleja hacia su casa.

Entonces aparece Pensógenes, y se detiene sobre mi hombro.

Mala noche será ésta —sentencia el Búho.

Cerambio, detrás de mi oreja, me advierte:

 Presiento que don Treta está haciendo de las suyas. Allá en el bosque de pinos. Vamos rápido.

A la entrada del bosque, veo al Zorro: sé que va a atacar. Baja la cabeza, husmea la tierra. A poca distancia hay un ciervo

niño. Se siente perdido, y retrocede. Don Treta se detiene, fija los ojos en el ciervo, mueve la cola, y avanza un poco.

Cuando nos acercamos, el Zorro me saluda como si no hubiera pasado nada. El ciervo corre a mi lado.

- ¿Qué haces aquí? —pregunto al Zorro.
- Nada: daba un paseo, nada más.
- ¿Ibas a atacarlo, no?

Don Treta encoge la nariz, y me mira maliciosamente:

- Nada de eso. Te repito que sólo vine a dar un paseo. Y cuando me encontré con él, quedé maravillado. ¡Es tan bonito, tan indefenso! ¡Qué hermosos ojos tiene!
  - —Tengo miedo —susurra el ciervo
- Don Treta no te hará nada. Quédate tranquilo.
  - ¿Se hará amigo mío? —interroga.
- Para toda la vida —le aseguro.

Don Treta se acerca al ciervo, se sienta, y lo mira:

- ¡Lástima! —exclama.
  - ¿Por qué? —pregunta Pensógenes.
- Porque ahora que somos amigos explica el Zorro— no me lo podré manducar.
  - Eres un fresco —comenta el Búho.

Indico al ciervo el lugar donde están sus padres.

— Anda. Te están esperando.

Se va corriendo y saltando bajo la lluvia fina que comienza a caer.

Y nos internamos en el bosque.

La noche llena los pinos de sonidos. En un claro del bosque cruza una gallina negra, seguida de trece pollitos.

Don Treta queda paralizado.

— Tú comida está servida —dice Pensógenes, riéndose—.

¿Qué esperas?

Cerambio no se atreve ni siquiera a asomar una antena, detrás de mi oreja.

— A ti también te gustan las gallinas y los pollos —replica don Treta—. ¿Por qué no los atacas y te los comes?

La gallina y los pollitos están inmóviles en el sendero: parece como si se hubieran convertido en piedra.

- ¿De dónde vienes? —pregunto.
- Del infierno.
- Y eso, ¿qué es?

La gallina, asombrada, no contesta.

— ¿Has visto a mi padre?

La gallina alza la cabeza: en ella brilla una luz rojiza y destellante. Sus plumas se encienden.

Ha dejado de llover.

— Me preguntas por tu padre: él no pertenece al reino del perro negro. Pero sé que lo encontrarás cuando mueras...

El Zorro, asustado, se apega a mis piernas.

- ¿Por qué no me tienes miedo? me pregunta la gallina.
- ¿Por qué habría de tenerte miedo? Eres una gallina que cuida sus pollitos.
- Y algo más...

A lo lejos canta un gallo.

Me encuentro súbitamente tendido a la puerta de la casa de Rubí. El sol brilla.

Otro verano ha comenzado.

Pensógenes me ha dicho que, desde nuestro primer encuentro, ha pasado mucho tiempo, y el sol ha dado varias vueltas alre-

dedor de la Tierra. Me agrega que se sorprende de no haber envejecido. Los hombres, me cuenta, miden los soles a través de unos ojos luminosos sobre los cuales hay unas patitas que giran, giran y giran muy lentamente. Y podría seguir buscando a mi padre durante eso que se llama mucho tiempo, sin encontrarlo, y lo seguiría buscando con la ayuda de mis tres amigos. Y don Treta no se explica cómo Cerambio, que ya debía haber muerto de viejo, no ha muerto, y que de seguro ese hecho tan extraordinario se debe a que es mi amigo. Y él, don Treta, piensa que como yo no sé qué es el tiempo, a mi lado no se envejece.

Rucamanqui es tan grande, para mí, como la Tierra.

Pero ahora comprendo que aunque buscara a mi padre por toda ella, tampoco lo encontraría.

Sólo tengo mi tarro, mi cuchara de carne de árbol, mi trompo que baila bajo la luz de la luna. Y Rubí, que nunca me ha abandonado. Ahora que ya es un muchacho, me ha dicho que se siente solo, pese a mi compañía.

Los hombres me han enseñado algo que nunca antes conociera: eso que ellos llaman soledad.

Sobre la colina del cementerio, en la noche de luna llena – mientras el viento sopla fuertemente desde el sur, me azota la cabeza y me levanta el cabello— he visto que un hombre avanza hacia mí, llevando en la mano una botella brillante. Se arrodilla como he visto que se arrodillan los hombres para invocar al Dueño del Cielo. Se ha levantado, y veo que tambalea. Con una mano levanta la botella, y con otra traza torpemente, sobre la tierra, una cruz.

<sup>— ¿</sup>Qué estás haciendo?—le pregunto.

Se yergue, sorprendido.

- ¿Cómo te oigo si no abres la boca? Te siento aquí en mi frente, y no me has dicho una palabra.
- ¿Qué haces aquí?- pregunto

Vacila, y contesta:

— Busco...a... mi muerto. Mu-er... muerto —repite, y bruscamente se sienta sobre una piedra—. Y para conversar...con...él...necesito tomar vino. ¿Quién eres tú? —deja la botella sobre la tierra, y me mira con ojos perdidos—. Ah: tú eres el Fillo...

El viento sopla cada vez con más fuerza.

Entonces llega el Búho.

— Una vez al mes —me explica— viene aquí a conversar con su hijo muerto. En las casas de la hacienda cuentan que está loco. O que son disculpas para emborracharse...

Y sé que ahora mi padre vendrá.

Pensaba que no lo encontraría, pero ahora sé que tiene que venir, pues hoy, en la noche, por primera vez, he sentido frío. Me levanto, y voy en busca de Rubí. Lo despierto y le pido que me preste una manta. Nunca la había necesitado cuando dormía afuera, desnudo.

Rubí me pregunta:

Tú nunca has sentido frío. ¿Por qué lo sientes ahora?
 No le contesto, y me limito a tomar la manta y a ponérmela.
 Y salgo de la casa.

- ¿Dónde vas? —pregunta el Búho.
  - ¿Dónde vas? —repite el Zorro.
- ¿Por qué sientes frío? —interroga Cerambio.

El trueno arrastra rocas a lo lejos. Y oigo el rumor de la lluvia, el olor de la tierra mojada y el silencio que siempre viene después de la lluvia.

Desde el roble, una voz me dice:

—Fillo...

Estalla la tormenta. El cielo es cruzado, una y otra vez, por las rápidas piernas del rayo.

La lluvia cae tan intensamente que no veo a dos pasos de donde estoy. Viene la escarcha: sopla el viento con enorme furia. Sólo Cerambio me acompaña, pues el Zorro y el Búho han desaparecido. Y no puedo hablar, como lo hacía antes, con el roble, y con Cerambio, y con la lluvia, y con el viento...

— Cerambio. ¿Me escuchas?

Y aunque sé que está detrás de mi oreja, no contesta, porque no ha oído mi voz.

— ¿Me oyes, Cerambio? —repito.

Y nadie responde.

Escarcha, ¿por qué me clavas?

Viento, ¿por qué me atacas?

Lluvia, ¿por qué caes sobre mí?

Frío, ¿por qué te siento ahora?

La noche se ilumina lentamente. Lejos, siento una tibieza que llega cada vez más cerca de mí y me envuelve. Y el frío desaparece de mi cuerpo y sobre el roble se enciende un círculo de luz.

—Fillo... —siento que dicen a mi lado.

Y alguien me quita la manta, me levanta en los brazos, y me lleva. Pero antes de subir hacia el círculo de luz, deja caer un papel.

Y sé que, por fin, he encontrado a mi padre.

A la mañana siguiente, el Zorro olfateó el cuerpo helado. Se dio vuelta y dijo al Búho.

- Está muerto.
- Anoche vi cómo el fuego redondo descendía del cielo y se detenía sobre la copa del roble. Un hombre bajó de él —explicó tristemente el Búho.

Cerambio voló, entonces, desde la fría oreja de Fillo hasta perderse en el cielo azul de Rucamanqui.

lleva. Pero antes de soblichteria retrotreul d'aler histrèldin-eaer un

### Notas

1. Para escribir estas *variaciones* he partido de la edición española de los poemas de Karol Wojtyla, y me apoyé, además, en la traducción al inglés de ellos (*Easter Vigil and Other Poems*. Random House. New York), aparecida en diciembre de 1979. Libro que creo haber sido el primero en comentar en Chile, febrero de 1980.

A veces partí de un verso, de la mitad o de parte de él (eso que se llama hemistiquio); otras refundí versos de distintos poemas, de espíritu muy semejante; como es natural, y según el ejemplo de la música, procuré conservar, a pesar ya de la lejanía que produce la traducción, la atmósfera de los poemas wojtylianos, y crear la mía.

Por ejemplo, el poema 1 se apoya en versos como estos: "A las palabras tienes que observarlas largas horas, despacio..."; el poema 2 en "El pasado es un tiempo de nacimiento, no de muerte"; el 3 en "Cuídate de tu poder"; y "Ser justo no es ser de acero"; el 4 en "A veces el amor duele durante semanas, meses, años..."; el 5 en "Él suaviza sus pasos en el silencio"; el 6 en "Estos pobres ojos míos, cuando los creabas, cogiendo de la profundidad el agua con la mano abierta"; el 7 en "Las cosas no mueren con el hombre: al hombre le queda la inmortalidad de las cosas".

- 2. "Detrás del ciprés asoma". Verso final: imagen de Juan Miguel Arteche.
- El Hombre Visible publicado en 1977, a Isabel, Rafael, Amparo, Andrea, Ignacio y Cristóbal Arteche.
- 4. Fillo de Rucamanqui y Variaciones sobre versos de Karol Wojtyla fueron escritos en 1977 y 1987, respectivamente, y corregidos años más tarde.
- 5. Fillo de Rucamanqui a Sergio de Ferrari y Vittorio di Girolamo.

## Índice

VI

| I elo             |                  |            |  |
|-------------------|------------------|------------|--|
| *keloj            |                  |            |  |
| Vértigo           |                  | sobio11sqs |  |
| Despedi           | da               | 12         |  |
| Viento            |                  | 13         |  |
| Cena              |                  | 14         |  |
| Comien            | 70               | 15         |  |
|                   | npago es el agua | 16         |  |
| Han ver           |                  | 18         |  |
| Nombre            |                  | 19         |  |
| Quietud           |                  | 20         |  |
| Partida           |                  | 21         |  |
| Pasos             |                  | 22         |  |
|                   |                  |            |  |
| II                |                  |            |  |
| El Hombre Visible |                  | 25         |  |
|                   |                  |            |  |
| Ш                 |                  |            |  |
| Copa              |                  | 29         |  |
| Dama              |                  | 30         |  |
| Espejo            |                  | 31         |  |
|                   | evaron           | 32         |  |
|                   | n de niño        | 33         |  |
| Migas             |                  | 34         |  |
| Países            |                  | 35         |  |

| Campo de mármol                  | 36 |  |
|----------------------------------|----|--|
| Aleluyas del sexto día           | 37 |  |
| Frágil                           | 38 |  |
| Llegar                           | 39 |  |
| Para desaparecidos               | 40 |  |
|                                  |    |  |
|                                  |    |  |
| <i>IV</i>                        |    |  |
|                                  |    |  |
| Variaciones sobre versos         |    |  |
| de Karol Wojtyla                 | 43 |  |
|                                  |    |  |
|                                  |    |  |
| V                                |    |  |
|                                  |    |  |
| Lima                             | 49 |  |
| De nuevo                         | 50 |  |
| Adagio cantabile                 | 51 |  |
| Prodigio                         | 52 |  |
| Llave                            | 53 |  |
| Detrás del ciprés se asoma       | 54 |  |
| Brisa                            | 55 |  |
| Canción de la hormiga insistente | 56 |  |
| No tuvo                          | 57 |  |
| Los años de espejos rotos        | 58 |  |
| La grosella                      | 60 |  |

### VI

| Reloj                        | 63 |
|------------------------------|----|
| Fugit                        | 64 |
| Flor                         | 65 |
| Silbido                      | 66 |
| Scherzo para ciertos hombres |    |
| públicos                     | 67 |
| No tiene                     | 68 |
| Joke                         | 69 |
| Hallazgo                     | 70 |
|                              |    |
| VII                          |    |
| Fillo de Rucamanqui          | 73 |
| 4                            |    |
| Notas                        | 95 |

Jardín de relojes...

Ejemplar N°

COLECCIÓN HUMO LENTO

# EDITORIAL SEMEJANZA

